

BASES DE DIVISION REGIONAL COLOMBIANA PARA UNA REFORMA DE LA INSTRUCCION PRIMARIA

Por ABRAHAM FERNANDEZ DE SOTO

La población de Colombia está distribuída en 816 municipios y en 8 grupos regionales física y antropológicamente clasificables: antioqueño, caucano, nariñense, tolimense, cundinamarqués, boyacense, santandereano, costeño y el de los llanos del oriente.

El concepto de Región lo expresa Vásquez de Mella, así:

“Históricamente podríamos definir, con definición descriptiva, a la región, diciendo que es una sociedad pública, una nación incipiente que, sorprendida en un momento de su desarrollo por una necesidad poderosa que ella no puede satisfacer, se asocia con otras naciones, incipientes como ella, y les comunica algo de su vida y se hace partícipe de la de ellas, pero marcando bien las líneas de su personalidad y manteniendo íntegros dentro de la nueva unidad todos aquellos atributos que la constituyen. Así formada la región, llega a tener personalidad histórica y jurídica, posee franquicias, y para regir su vida interior tiene también la expresión, unas veces de su lenguaje, casi siempre de su derecho, y una historia particular y privativa con instituciones particulares que le son tan propias como su lenguaje”.

Deducimos de estas palabras que los elementos constitutivos de la región, son: a) **lengua propia**; b) **derecho regional propio**; c) **historia particular propia**, dentro de la historia general de la nación con la cual debe estar enlazada íntimamente; d) **instituciones y costumbres propias**, por más que tal carácter sea afín con el de otras regiones; e) **asociación con otras regiones, dentro de una unidad superior**, por razón de una necesidad experimentada en el período formativo, a la que la región de por sí no ha podido satisfacer; f) **pero sin perder su personalidad y su derecho a conservar los elementos propios de su vida.**

La región, por tanto, debe ser autónoma. Consiste esta autonomía en el reconocimiento por parte del Estado de sus fueros, de su derecho, de su lenguaje, de sus instituciones tradicionales. Es verdad que toda nación no ha de ser, por fuerza, formada por regiones, pero donde las características etnográficas e históricas muestran que existen debe conformarse la organización política estatal de modo que no se ahogue su propia vida.

¿HAY REGIONES EN COLOMBIA?...

Pero antes de aplicar este criterio sociológico y jurídico a la nación colombiana, conviene definir si pueden llamarse con propiedad **regiones** las secciones territoriales que no presentan diversidad de religión y lengua y cuyos orígenes en su primitiva agrupación histórica son idénticos. La conclusión general es evidentemente negativa. Respecto de nosotros, también lo es. Porque aun cuando los estudios adelantados por nuestros investigadores, a través de muchas centurias, relievan y determinan una heterogénea composición de los ocho sectores sociológicos a que me referí antes, no alcanza esa heterogeneidad para que se justifique el reconocimiento de fueros políticos, económicos y fiscales a cada uno de los factores que componen la nacionalidad. Bien al contrario, homogénea por su lengua, por su religión, por el origen de su formación sociológica, por la simiente cultural trasplantada que la incorpora a los grupos universales cristianos y católicos, y por la empresa conjunta y total de la emancipación de España y de la formación de su autonomía política, todo confluye a conservar la forma unitaria de su organización y a reafirmar, una vez más, el acierto de quienes volvieron al pensamiento centralista del Libertador.

Pero ¿en qué forma la heterogeneidad geográfica, racial y económica antes apuntada debe influir en la dirección que el Estado imprime a la empresa de orientación y civilización de los distintos sectores que componen la nacionalidad? ¿Y en qué consiste ésta?

DE LA CONJUNCION DEL MEDIO FISICO Y DEL HOMBRE

Los etnógrafos dividen el territorio colombiano en dos grandes sectores: occidente y oriente, según sea su situación en la banda derecha o en la banda izquierda del río Magdalena.

Entre esos dos inmensos bloques andinos hay determinadas diferencias raciales, geográfica, climatéricas y económicas que permiten hablar de Colombia como de un mosaico sociológico.

Es evidente que ya no se le atribuye a la teoría de los marcos geográficos o climatéricos de Ratzel y de sus seguidores una importancia dogmática como la que llegó a tener en el siglo XIX, así como tampoco se ha mantenido viva la superstición racialista que, durante este siglo, alcanzó su máximo desarrollo con los experimentos, que resultaron falsos, de los científicos germanos, para quienes solamente los grupos de la raza aria están dotados de una fuerza instintiva y hereditaria para fundar la cultura y transmitirla o imponerla a otros pueblos. Pero sí puede hablarse de una conjunción de posibilidades y de influencias entre el hombre y la tierra, entre la raza y la capacidad o la voluntad más desarrollada para la empresa trascendental de utilizar la inventiva y las técnicas en grado intensivo que produzca una mayor altura en la escala de la civilización y, al propio tiempo, un impulso de culturización o de civilización de otros pueblos que no han alcanzado el mismo grado de desarrollo.

Desde el punto de vista geográfico, Jean Lacroix (*Les éléments constitutifs de la nation de civilisation, Les conflicts de civilisation*, "Semanas Sociales de Francia, París, 1936) y sus seguidores afirmaron y comprobaron que no hay necesidades en ninguna parte, sino posibilidades por todas partes y que el hombre es dueño de sus posibilidades, juzga de su empleo; tal es la última palabra de la geografía humana. Cito las hermosas palabras de Lacroix: "Estas posibilidades sin necesidad están en la naturaleza, en la luz de los cielos y el calor de la tierra, en la miel del Himeto, y en la sugestión del mar, pero están también en el hombre; de Homero a Sófocles, y desde Sófocles a Virgilio o Estrabón, no son el cielo, la tierra y las aguas del Mediterráneo las que han cambiado, y, sin embargo, una civilización crece, florece, emigrada parcialmente fuera de su tierra natal. Lo que hace una civilización es la conjunción de las posibilidades del hombre con las de la naturaleza. Dichas posibilidades son ciertas, pero su encuentro o conjunción es indeterminado. La tierra, el río y el bosque no entran en la civilización, pero la civilización está hecha de la reacción del hombre sobre la naturaleza, de la naturaleza sobre el hombre, y de su manifestación en obras son las luminosas proporciones del Apolo Píctico, el movimiento y la línea de las estatuillas de Tanagra, la dulzura y el esplendor de la lengua griega, la colonización de las costas del mar Jónico... Así, desde el comienzo, nos apartamos de la busca de la civilización en el individuo. La civilización no está

hecha de los sentimientos del individuo, pero la vemos en las obras que nacen de él; el esfuerzo conjunto de la naturaleza y del hombre se manifiesta por una producción de nuevo género; su comunión se traduce objetivamente; se extiende y se instituye en el mundo y es en definitiva la realidad de la civilización".

En términos menos poéticos expresemos que la geografía apenas suministra el espacio natural que condiciona una cultura, que la moldea según su ritmo; pero ese factor extrínseco no provee a las fuerzas decisivas, a las potencias de creación, inventiva y adecuación del hombre. Es frecuente observación de la historia que la extrema abundancia ha conducido algunas veces a la molición humana, por cuya causa el aprovechamiento de la riqueza pasiva de la naturaleza no sirvió al hombre para superarse. Por esta misma causa algunos economistas acertados sostienen que "el suelo que produce sin trabajo sólo fomenta hombres que no saben trabajar", y agregan "que el hombre produce en proporción, no de la fertilidad del suelo que le sirve de instrumento, sino de la resistencia que el suelo le ofrece para que él produzca".

Desde el punto de vista del determinismo racial, y ante el fracaso evidente de las tesis antropológicas de aquella vieja estirpe gobineana, se fue asentando entre los científicos la certidumbre de que no es la raza la que moldea a la nacionalidad sino al revés. La nación ofrece, sin duda, al hombre un medio. Conjuga la acción de los elementos físicos, como el territorio y el clima, con los hereditarios y los institucionales, históricos, políticos, sociales. Por esta misma causa no se habla hoy de raza bretona, sino de pueblo bretón, como no podría hablarse de raza francesa sino de pueblo francés. Conviven en una misma patria seres de tan diversos orígenes, características y modalidades, que mal podría buscarse en ellos una homogeneidad distinta a la que puede resultar de su conformación al medio físico. El mejor ejemplo de este fenómeno es el pueblo suizo, quizás más elocuente que otros que suelen esbozarse con frecuencia, por la circunstancia de ser un recién nacido en el proceso de formación de las nacionalidades europeas y en el cual seres humanos pertenecientes a razas tan distintas como la germana y la latina de Francia e Italia han consolidado mejor que otra su unidad nacional y han logrado infundir a sus habitantes, dentro de explicables y naturales particularismos, un estilo, un molde, un alma que los distingue de sus antiguos hermanos en el origen racial.

LOS ORIGENES DE NUESTRO MESTIZAJE

Si por el lado de la colonización americana, los aportes de varias razas blancas y el de la negra, transportado en galeras, es indiscutible nuestro mestizaje, por el lado de nuestros aborígenes es también probable. De ser ciertas, como parecen, las tesis de Rivet acerca de una triple migración australiana, melanesia y polinesia y las de quienes, por razón de las vetas lingüísticas indígenas, los ritos solares y formas arquitectónicas, nos atribuyen un origen asiático, otro mestizaje inicial estaría bullendo en nuestra sangre, y explicaría por sí solo la desconexión de las culturas pre-colombinas de América.

Del otro lado del Canal de Panamá otro mestizaje, surgido de la fusión de diversas nacionalidades europeas y de la China y el Japón, se está operando en la Federación Norteamericana, en donde, para mayor complejidad de sus destinos, la línea separatista con el negro puede llegar a sufrir, en no lejano día, un colapso definitivo, cuando el aumento progresivo de los descendientes de esa prolifera raza inclinen hacia su lado la balanza política de los destinos de aquella nación.

Esto indica que puede generalizarse a toda América el concepto que Eduardo Caballero Calderón había parcializado para el sur del Continente, cuando escribió: "Latinoamérica tiende a crear un hombre cósmico, un hombre nuevo en el mundo, producto de todas las razas y todas las influencias, y cuya mente estaría abierta a todas las verdades: un hombre síntesis, pues, como la tierra que lo sustenta".

LOS PARTICULARISMOS DE LOS SECTORES COLOMBIANOS

Siguiendo el desarrollo de la tesis expuesta, debo ocuparme en relieves la heterogeneidad social de los sectores colombianos: Ramón Franco, en su "Antropología Colombiana", explica que el grupo antioqueño es triétnico (síntesis racial de blanco, mulato y zambo) industrial y agrominero, con tendencia social colectivista y una psicología audaz, mercantilista, tradicionalista y mpresaria al tiempo, caracteres que explican su temperamento de colonizador de una Nación en que los demás grupos étnicos son pasivos, preferentemente estimulados hacia otras direcciones de la actividad humana.

El caucano es mulatoide, trigueño, ganadero en el viejo Cauca y además fabril en el Valle, feudalista, hidalgo, epicúreo y romántico. La presencia de grupos blancos puros determina allí

una división clasista que ha estallado varias veces con caracteres de violencia sectaria.

El nariñense, mezcla racial de hispanos segundones y de indios quillacingas, descendientes talvez del imperial tronco incaico, que en su empuje colonizador llegó hasta las goteras de Túquerres, es agricultor y artesano, amante de la pequeña industria, vocación social que ha mantenido viva y próspera la actividad doméstica de la economía feudal. Es patriarcal el nariñense, y por eso conserva intactos los lazos familiares hasta el abuelo autoritario y conservador; y es fanático, tradicionalista, laborioso y sumiso, cuando no está de por medio la defensa de la frontera patria, que es para ellos el símbolo geográfico de la nacionalidad, como corresponde a su condición de habitantes fronterizos.

El tolimense, mezcla de hispano-caribe, conserva todavía muy a flor de piel la belicosidad de sus ancestros morisco e indígena; preferentemente pastor y agricultor sedentario, no muestra mucho afán de superar el paso de los bueyes cansados, a no ser que los estímulos de la pasión política revuelvan su instintiva y heredada crueldad.

El grupo cundi-boyacense, hispano-chibcha también, agricultor y manufacturero, colonialista y cortesano, es especulativo y melancólico, introvertido y místico como los antiguos usages, sacerdotes del culto pasivo y silencioso al sol manso de los atardeceres.

El santandereano es blanco criollo, enrazado tal vez en algunos de sus grupos con los blancos tudescos de Federmán y Espira, agricultor individualista, no obstante que la negra influencia del petróleo lo ha hecho saltar de su propia idiosincrasia a actividades de comercio de monedas y de géneros de contrabando. Como todas las gentes que lindan con el extranjero es indómito, nacionalista, independiente, franco y agresivo.

El mulato costeño, comerciante, agricultor y pastor e industrial, tiene humos de cosmopolitismo, que extrae insensiblemente de la sal del mar; y es alegre, fivolo, extravertido, moderado y a veces indiferente en la política; tiene siempre en proyecto un viaje hacia el otro lado del océano.

El grupo llanero, criollo en su mayoría y mestizo en otras partes, conserva las mismas características que hicieron del General Páez brioso jinete y caudillo indomable, símbolo a veces, en los primeros tiempos de su carrera, de anarquismo individualista, del cual saltó al ejercicio del cesarismo criollo. Su cons-

tante trajinar por valles y colinas, senderos desconocidos y horizontes sin término lo conforma psicológicamente para violar fronteras, normas y reglamentos.

DE LA CONJUNCION HOMBRE-MEDIO FISICO Y LA INCLINACION PROFESIONAL COLECTIVA

Desde el no menos importante aspecto de las influencias del medio geográfico sobre el hombre, del **contorno** —para usar una palabra grata a Toynbee— resulta evidente que pueden señalarse diferencias regionales en Colombia, cuya importancia, para la conformación administrativa de la nacionalidad, ha sido sistemáticamente menospreciada por nuestros estadistas.

Tanto el profesor López de Mesa (“De cómo se formó la nacionalidad colombiana” y “Disertación Sociológica”), como la mayoría de los etnógrafos colombianos (Duque Maya, Julio Londoño, Guillermo Valencia, Ramón Franco), explican la dirección industrialista de los antioqueños por la esterilidad y forma inclinada de sus suelos y por la abundancia de filones mineros y de vetas auríferas de varios de sus ríos y quebradas. Desde hace mucho tiempo fueron abandonando sus primitivas faenas de pastoreo y labranza para dedicarse por entero a la fabricación de productos, cuyas materias primas, desgraciadamente, son importadas del extranjero. La reducida probabilidad de encontrar, en su propia localización, elementos de subsistencia para los descendientes de esa raza fecundísima, ha producido otro fenómeno, no menos interesante, y es el de que Colombia tiene en los hijos de la montaña una estirpe autóctona de colonizadores. Talandos bosques, descuajando selvas y buscando huacas han ido extendiendo su imperio hacia el Chocó, el Tolima, el Valle, el Cauca y Cundinamarca, asemejándose por muchas características (entre otras por su vigoroso espíritu antioqueñizante) a los descendientes del pueblo de Israel: tradicionalistas a su manera, inabsorbibles por otros pueblos y muy valerosos en la defensa de su criterio de la vida y de su presunta misión mesiánica, aun cuando dotados también de una extraña virtud de adaptación a todos los medios y a todas las civilizaciones.

Esta virtud aquilatada de los antioqueños ha creado un fenómeno particularísimo a nuestra nacionalidad: el de una minoría racial, aunque autóctona y colombianísima, que al incrustarse dentro de otros grupos étnicos reclama para sí miramientos políticos especiales. Así, desplazando al comerciante lugareño

y fundando pueblos que muy rápidamente llegan a ser municipios, pide autoridades antioqueñas, concejales antioqueños y las listas de diputados y representantes de los partidos políticos no pueden correr si no llevan varios de los suyos en puestos señalados. Introducen asimismo en la extensión geográfica de su alojamiento vestidos, costumbres, alimentos, ritos folklóricos de su ancestro y llegan hasta construir las ciudades con su propio y original estilo arquitectónico, alimentando así más los contrastes y colores del mosaico colombiano. Estas circunstancias engendran hostilidad regional en contra de su empresa, crean a veces conflictos violentos, mas son también factores que podrían utilizarse equilibradamente para lograr la unificación racial colombiana.

De igual modo otros grupos colombianos se caracterizan por su inclinación ancestral al pastoreo, a la labranza, a la industria doméstica artesanal, al comercio, y algunos mezclan dos o tres de estas actividades haciendo de sus sectores un modelo de economía mixta. Así, tolimenses, huilenses y boyacenses pertenecen a la primera estirpe; caucanos, vallecaucanos y nariñenses a la primera y a la segunda indistintamente, aun cuando en las vegas del río Cauca, por su feracidad y su situación geográfica envidiable, comienzan a aparecer las primeras fundaciones de una industria autóctona, de transformación de las materias primas propias de la región; a la agricultura y al comercio del café, del maíz, de la caña de azúcar, de hortalizas y flores se dedican los caldenses; a la industria, a la minería y al comercio los antioqueños y santandereanos; preferentemente al comercio, los de la costa atlántica.

Por tal motivo los habitantes de estos diferentes sectores van creciendo insensiblemente en el cultivo de algunas actividades que desde la niñez practican como asesores de sus padres o de los hermanos mayores, y forman así cierta vocación que los ha de vincular casi fatalmente al desarrollo de una misma empresa. Hay en ello una influencia dual de las posibilidades que ofrece el medio físico y del ambiente tradicional que en el hogar y la localidad se va creando insensiblemente, a espaldas, muchas veces, del propio querer.

Esto no significa que dentro de ese ambiente no puedan descollar, como han descollado siempre, para honra de la Patria, individualidades notabilísimas por su conocimiento de las humanidades, de las ciencias principales y del arte, sino, simplemente, que la mayoría de sus habitantes, por la influencia de aquella

conjunción de características ambientales, va forjándose determinada vocación.

Modalidad por cierto muy saludable porque fija en las generaciones colombianas, desde muy temprana edad, una aptitud profesional, que es base de futuros éxitos en el ejercicio de sus actividades; modalidad que dio carácter de seriedad y cultura a la institución del maestro y el aprendiz en la época modeladora del medioevo; que convirtió la casa en taller y escuela al tiempo, en el seminario familiar de donde brotarían las excelencias humanas y técnicas que hicieron posible la floración de generaciones de artífices y artesanos, dueños de insuperable maestría.

Este acervo cultural murió al empuje de los sistemas modernos de trabajo y enseñanza, cuya mayor consecuencia en la práctica ha sido la de formar profesionales sin vocación, obreros sin escuela, improvisados trabajadores en todos los oficios, lo que explica, desde luego, esta peste de la trashumancia e inestabilidad de los trabajadores colombianos, como la de todos los de aquellas naciones que no tuvieron la fortuna de pasar por el tamiz moderador y ennoblecedor de la primera edad media.

HACIA LA UNIVERSIDAD REGIONAL

Preocupado el Ministro de Educación Nacional por la pléto-
ra, cada vez mayor, de aspirantes a seguir las tres carreras profesionales: de medicina, ingeniería y derecho, ha emprendido la saludable campaña de fundar Facultades Menores, localizadas allí donde el ambiente social indica que habrá predisposición para la industria, o el comercio, o la agricultura, o la minería, o las artes y oficios. Comienza, pues, a hablarse, con algún interés, de la existencia y de la fundación de una Escuela Industrial en Santander, otra de Comercio en Barranquilla, de Artes y Oficios en Pasto, de Geología en Medellín y de un Instituto de enseñanza e investigación agropecuarias en el Valle del Cauca. Se completaría de tal modo el mosaico de las Universidades Nacionales.

Pero cabe preguntar: ¿estos nuevos Institutos docentes no estarán amenazados de la falta de alumnos, como está ocurriendo hoy en las Facultades de Agronomía, Farmacia, Veterinaria, Química Orgánica, Petróleos y Geología?...

Para impedir que tal cosa ocurra, sería menester intentar una reforma de la educación primaria, coordinada con la evolución y desarrollo que la enseñanza universitaria va adquiriendo en nuestro país. Se trataría, sencillamente, de aplicar la es-

cuela activa al desarrollo de centros de interés, vinculados al medio físico de cada sección. Se logrará de tal manera intelectualizar lo que es sentimental y afectivo, y acentuar psicológicamente lo que es difuso en los primeros años de la vida; se logrará también orientar numerosos grupos humanos al empleo de su capacidad y de sus naturales aptitudes a carreras, oficios y tareas que cada día el progreso de nuestra civilización va haciendo más necesarias; se logrará seleccionar, desde la niñez, promociones de trabajadores que amen su labor, porque estará dentro de ellos bullendo el torrente de las tradiciones, de la herencia, del ambiente familiar y local, que tanto valor e influencia adquieren en el hombre a medida que vive, trabaja y sufre; se logrará, igualmente, poner correctivo a la inestabilidad profesional, al nomadismo de los obreros y de los profesionales, y, por último, extirpar en la fuente el problema de la congestión de aspirantes a seguir las tres carreras en que los colombianos parecemos estar matriculados desde antes de nacer.

Hé aquí expuesto, con la sencillez que debe ser propia de los neófitos, una modesta sugerencia dirigida a educadores y estadistas.

ABRAHAM FERNANDEZ DE SOTO

Catedrático de Sociología General
en nuestra Facultad y en la
Universidad Nacional.